

## CRITICA FORMAL Y FUNCION CRITICA\*

Antonio García Berrio  
*Universidad de Málaga*

La especificación de métodos, tareas y objetos distintos y simultáneamente mantenidos en suspensión dentro del gran organismo de la Crítica Literaria resulta en nuestros días tarea, si a menudo abordada, casi siempre insatisfactoriamente llevada a término por la misma compleja variedad de las actividades, así como por la fervorosa renovación cotidiana de los métodos más vanguardistas y de sus aportaciones críticas. Pero, sin correr demasiados riesgos de error, creo poder afirmar que la modalidad crítica más representativa del actual momento científico europeo es un conglomerado metodológico pluralmente caracterizado y etiquetado, pero que responde a postulados básicos no irreductibles en la naturaleza de sus intereses y el alcance de sus objetivos.

Quede claro que estoy tratando de aludir al conjunto de metodologías conocidas como Crítica estructuralista, Neoformalismo, Crítica lingüística y semiológica, Poética, Textología, etc. . .<sup>1</sup>. En tales denominaciones, que cuentan obviamente con fundadas razones de diversidad, subsiste con frecuencia un poderoso confusionismo práctico a la hora de las calificaciones —y aun de las autocalificaciones— de críticos y críticas. Habiéndose tomado los conceptos más usualmente por los puntos en que se aproximan y acomunan, y no —como debería ser— por aquellos otros con que adquieren peculiaridades definidoras, hemos visto calificados casi con todos los marbetes antes enunciados a las figuras críticas más “famosas” de nuestro tiempo, como Roland Barthes o Tzvetan Todorov; y uso aquí el término famoso con marcada intención alusiva y no sólo, aunque también, en su más general y floja valoración imprecisamente positiva.

Ante la ineficacia práctica —y aun quizás la ociosidad— de profundizar las distinciones, esforcémonos por señalar inicialmente el conjunto más conspicuo de los rasgos generales comunes a la esencia de este grupo de críticos y métodos, que suele contar para el concepto popular-científico como verdadera hermandad o cofradía. El definir tales rasgos, aparte de arriesgar una iniciativa tan comprometida como necesaria y relativamente omitida, podrá ayudarnos a columbrar las

---

\* El presente trabajo forma parte de un conjunto de investigaciones sobre Poética y Lingüística del Texto iniciado durante 1975 en las Universidades alemanas de Heidelberg y Bielefeld mientras disfrutaba de una beca de investigación de la Alexander von Humboldt-Stiftung, Fundación a la que deseo manifestar mi agradecimiento.

razones superficialmente no evidentes, ni por tanto explícitas, de tal comunidad.

En primer lugar, identifica a personas y métodos el incontestado reconocimiento de una herencia científica unitaria. Prescindiendo también en este punto de lo exclusivamente particularizante, se perfila una doble rama de la heredad científica: la que se beneficia de las aportaciones en el esclarecimiento categorial del análisis lingüístico post-saussureano, y la que, reconociéndose en la deuda metodológica de los formalistas rusos, se inscribe, la mayor parte de las veces inconscientemente, en la tradición formalista de la Poética y la Retórica tradicionales.

De las enseñanzas lingüísticas postsaussureanas le viene sobre todo a la Crítica moderna su fidelidad al principio sistemático. La obra es un sistema integrado por constituyentes funcionales, reconocibles como agrupaciones de unidades que definen los distintos niveles de su génesis y que son por tanto reconocibles y abstraibles desde el análisis<sup>2</sup>. También la corrección generativista al estatismo práctico de la descripción estructural postsaussureana, así como al distribucionalismo postbloomfieldista, deja sentir su influjo modélico en la concepción dinámica del organismo complejo de la obra literaria<sup>3</sup>. Más recientemente empiezan a fecundar el dominio de la Crítica, en su investigación de la estructura transformativa de la obra, los debates suscitados en América por Lakoff y MacCawley y en Europa por Brekle en torno al papel de la inserción léxica en las transformaciones sintácticas. Por último es obvio y notorio el interdisciplinarismo crítico-lingüístico que anima la investigación globalizante de la Textlinguistik europea<sup>4</sup>. La obra literaria, como texto esmerado, exquisitamente intencionado, ha venido a revelar de manera incuestionable, al pulso de las categorías y las reglas operativo-analíticas de la Lingüística moderna manejadas por la Crítica actual, ese dormido acorde de su estructura y dinámica constructivas —en términos más elocuentes y evidenciadores— que se manifestaba a los registros analíticos de la tradicional Crítica y de la Retórica.

Una fisonomía de la obra de arte verbal en cierto sentido paralela ha sido también enfáticamente evidenciada por la Crítica actual, como resultado del legado crítico-literario de los formalistas rusos. La contemplación de la obra como centro esencial, cuando no único, de la actuación del crítico, la conciencia de su esencia estética, de su *literariedad*, como producto del *procedimiento* formal, así como las diferentes estrategias, nunca idénticas, para desentrañar y poner en evidencia la estructura formal, constituyen una tradición que, inaugurada o reactivada mediante brillantes formulaciones y análisis audaces por los formalistas, ha venido a confirmarse como ideología y práctica preponderante de la actual Crítica literaria<sup>5</sup>. Bien es cierto que con todo ello no se ha hecho sino apelar, actualizándolas, a las viejas ideas poéticas sobre la estructura

de la obra literaria, insuperablemente formuladas en su *Poética* por Aristóteles y mantenidas a través de las tradiciones Poética y Retórica de sello clasicista hasta nuestros días<sup>6</sup>.

La herencia recogida y la actividad autónoma de las distintas modalidades de esta ideología crítico-estética dejan perfilar claramente determinadas constantes y peculiaridades en el conjunto de los métodos englobados, que constituyen la referencia genérica justificadora de nuestro actual balance crítico de la Crítica. Se reconoce, en primer lugar, en la actual Crítica literaria una hipertrofia de la dimensión metateórica, en detrimento casi siempre del cuerpo de verificaciones y aplicaciones analíticas, que es incluso en grupos y personalidades críticas muy destacados y punteros, de una escualidez que viene a rondar ya los límites del acientificismo. Examinado el conjunto de la obra de los más destacados cultivadores franceses del estructuralismo, el neoformalismo y la crítica semiológica, sorprende la exigüidad de títulos dedicados a análisis estrictos de obras literarias, frente a la reiterada publicación —y con mucha frecuencia re-publicación— de trabajos de contenido exclusivamente teórico; se llega incluso con casi absoluta normalidad a cargar de excursos meta-teóricos las obras planteadas como ejercicios en principio analíticos, hasta obligarnos a dudar seriamente de la entidad analítica misma de tales obras. Cuantitativa y cualitativamente, las dimensiones de la estricta aplicación analítica en tales casos se ven reducidas a pura dimensión de anécdota. No es éste el lugar de enjuiciar valorativamente el fenómeno, ni de ilustrar sus consecuencias; lo señalo simplemente como peculiaridad —absolutamente generalizable, por otra parte, a la totalidad del cultivo de las “ciencias humanas” en nuestros días, y singularmente de la Lingüística— que a mi juicio se ofrece como hecho incuestionable y característico, y que, como tal, no puede motivar el enojo de nadie, siéntase o no aludido y comprometido en este fenómeno científico<sup>7</sup>.

Para no complicarme, siquiera por esta vez, con la misma culpa que condeno, traduciré en términos aceptados tradicionalmente este hecho de la hipertrofia metateórica y de la endeblez crítica, describiéndolo como un fenómeno de pujanza de la Teoría literaria, paralelo a otro de subdesarrollo de la Crítica. Tal constante, como vengo diciendo, es hoy absolutamente generalizable a la totalidad de las disciplinas científico-humanísticas, y por supuesto a las distintas versiones de las metodologías críticas, pues si antes aludí a determinadas escuelas y personalidades de la crítica francesa, otro tanto puede decirse de los análisis crítico-literarios inspirados en la ya no novísima rama poética de la Lingüística del texto fundamentalmente alemana<sup>8</sup>.

El relevante desarrollo asignado por los críticos actuales a la dimensión teórica de su actividad se descubre y desemboca en otra característica de sus

productos, tan perennemente llamativa que ya fue denunciada y censurada por adversarios fundacionales de la nueva crítica francesa<sup>9</sup>; y yo puedo constatar hoy aquí los efectos de inmarcchitada sorpresa que en sus versiones más recientes continúa ofreciendo. Me refiero a la nueva jerga crítica; digámoslo con apariencias más neutrales, a su meta-lenguaje. Aspira éste a conquistar estatuto de autonomía y cientifismo, pero corre el riesgo también evidente —adelantémoslo desde ahora mismo— de truncar o especificar en exceso el mensaje de la obra crítica, atentando con ello a su inabdicable esencia de escritura interpuesta, de paráfrasis y vehículo osmótico.

La revolución terminológica operada en el tintero de los críticos actuales testimonia el encomiable y abnegado interdisciplinarismo de su cultura. Con principios más escandalosos que aventurados o problemáticamente innovadores, el crítico nuevo pulió la lacerante holgura de la terminología técnica de su oficio, ajustándola en el atormentado banco de la ciencia lingüística y el psicoanálisis. Y fiel a esa revolucionaria exigencia fundacional conserva, condensa y complica el sacrificio inicial, persiguiendo abnegada y no siempre fecundamente —incluso con errores graves en ocasiones— el espejismo de una formalización irrefutable de sus discursos críticos mediante fórmulas tomadas a préstamo, o derivadas, de la matemática y la lógica formal.

A la hora de establecer una conclusión para esta suma de características que hemos bosquejado, cabría sancionar maliciosamente a la Crítica actual afirmando que corre el riesgo de alcanzar el presupuesto inicial de autonomía y cientifismo que ambicionaron sus abuelos, los críticos esteticistas y estilísticos; pero tan celosamente se empeña en dicho ideal que corre el riesgo evidente, según sus frutos más actuales, de pasarse de cientifismo y autonomía, dejando de ser Crítica literaria, para convertirse en mero aledaño de la Antropología, la Psicología y la Teoría general lingüística, encerrada por añadidura en el críptico estuche de una expresión tomada a préstamo, a veces por sorpresa y con errores notables, de sus hermanas mayores, la Lógica formal y la Matemática.

Obviamente no pretendo condenar en bloque la actividad de la Crítica europea de los quince últimos años. Me creo simplemente en la obligación de reflexionar, sobre un plano estrictamente personal e individual, en torno a ciertos excesos de unas ideologías críticas y un conjunto metodológico, cuyos principios han proporcionado indiscutible avance a fundamentales parcelas antaño muy preteridas en el interés del hombre por sus productos literario-artísticos. Replanteamos, sin embargo, nuestro examen con el convencimiento de la permanente oportunidad que brinda en todo caso el saludable cotejo periódico entre la situación concreta de las opiniones y productos críticos y los “principios” inabdicables de su esencia eterna, los cuales, por constituir su

definición y su misión no se manifiestan como verdades relativas u opinables, ni se contemplan históricamente como valores sujetos a fluctuación.

Por más antipática e impopular que en ciertos sectores actuales de vandálico anarquismo científico pueda resultar la mención de “principios esenciales e inalterables”, invocados en este caso como módulos de contraste, lo cierto es que tienen que existir —así dicho lisa y llanamente— para que esté garantizada la supervivencia de la actividad humana que regulan. En el caso de la Crítica literaria dichos principios inmutables e indefectibles son los derivados de su condición de “escritura intermediaria”. Es decir, de acto literario que tiene por objeto colocarse entre los objetos literarios y su público, sirviendo a éste una más plena asimilación de aquéllos mediante la descripción y valoración de sus elementos constitutivos menos evidentes. En esta definición de la fundación y misión de la Crítica literaria han coincidido de modo unánime las opiniones de quienes la ejercieron bajo todas las banderas, desde los criterios más tradicionales, utilitarios y normativos, a las caracterizaciones más agudas y recientes, como la archifamosa debida al agudo ingenio de Roland Barthes —“escritura sobre la literatura”— que podría simbolizar la cifra explícita más afortunada —y atrevidamente peligrosa al tiempo— de un producto de opinión absolutamente general.

Procediendo, pues, al anunciado contraste entre los inmutables principios definidores y la realidad actual de los productos críticos, para detectar, si no descarríos ya efectivos, sí desde luego las posibles fuentes de los mismos, nos cumple —a fuer de lingüistas— plantear tal revisión bajo un método congruente con nuestros hábitos de trabajo: examinemos así la problemática del *acto crítico* siguiendo el orden de sus elementos como *acto comunicativo*.

Comenzando por el elemento emisor en dicho acto, el crítico, destacaremos inmediatamente la principal incongruencia con la definición permanente, que amenaza a mi juicio de manera más peligrosa al nuevo crítico, y que es tanto más grave cuanto que quizás resulta muy acusada en muchos reputados intelectuales que no ven inconvenientes en continuar titulándose críticos de la Literatura: me refiero al notable descuido, cuando no al más absoluto desprecio, por la posesión o utilización de una cultura literaria. Quizás uno de los rasgos más representativos de los críticos actuales, al cual no he querido referirme en el bosquejo de características que hice antes a causa de su inocultable negatividad, sea lo exiguo del volumen de sus lecturas propiamente literario-artísticas.

El nuevo crítico cuenta por lo común, a no dudarlo, con un denso y atormentado pasado de lector; apenas existe dominio científico allegable o no al poema, el drama o la narración donde no se haya ejercido su curiosidad intelectual, quizás acicateada por la presión de la competencia pedantesca de sus

colegas. Algunos de los más conocidos críticos de nuestro tiempo basan gran parte de su notoriedad en el trasplante —feliz o forzado, pero siempre sorprendente en principio— de fórmulas y métodos gestados en el devenir normal de culturas más o menos exóticas para Occidente y de disciplinas, similares o no, escasamente frecuentadas por sus antecesores en el oficio. Y no es que juzguemos negativa esta tarea de acercamiento, como consideramos muy fecundo el espíritu que anime a todo afán interdisciplinario. Lo que sí queremos resaltar es la paradoja cultural que puede acarrear todo exceso en éste como en cualquier otro dominio. Creo honradamente que la Crítica actual se ve empobrecida y amenazada de atomismo en sus análisis, precisamente por la ausencia o el deficiente ejercicio de una auténtica cultura literaria en sus cultivadores y que se acusa en la obra de la mayoría de ellos. Totalmente inexplorados hoy los viejos principios histórico-positivistas de la “relación” y el “contraste” entre hechos y obras literarias, se suele analizar en nuestros días microscópicamente la estructura de una novela, y aún más la de narraciones breves y de poemas, sin la menor preocupación por integrar tales resultados analíticos en un juego de contrastes con fenómenos y tradiciones análogas<sup>10</sup>.

Por muy fecundo que haya sido el inmanentismo analítico para la Ciencia de la Literatura, y por muchos vicios anteriores que haya desterrado, resulta no menos cierto que unos sesenta años de reinado casi absoluto en las prácticas críticas más distinguidas de Europa lo están conduciendo a un nuevo modo de asfixia. No pretendo negar la importancia de la ilustración y acarreo de enseñanzas desde las ciencias que se ocupan de *series* próximas, pero distintas, a la *serie* literaria; pero nadie me convencerá de que las ilustraciones por acarreo en el interior de la misma serie literaria sean de interés secundario o arrojen menos grado de luz que las otras. Este rasgo de la ausencia o desinterés, no ya por los hechos del marco histórico-artístico que también juegan papel decisivo en la ilustración de todo hecho artístico, sino incluso por la explicación desde el paralelismo con otros fenómenos literarios, está conduciendo los resultados de la Crítica actual con excesiva frecuencia a un modo de parcialismo absolutamente empobrecedor. Acuciado exclusivamente por la importante exigencia científica de establecer leyes generales y comunidades de conjuntos isotópicos, el crítico actual se olvida comúnmente de reseñar lo específico, lo exclusivo o individual de un gran poema, o de comprobar el rasgo de genialidad innovadora incluido en un drama o relato dado. Pero es que eso, precisamente, sólo puede ser determinado por la valoración contrastada.

Acabo de invocar el viejo principio crítico de la valoración, tan olvidado por la crítica explicativa actual, pero en el caso de que se pudiera llegar a prescindir en Crítica de esa sanción taxativa, intuitiva o normada —y yo no estoy

muy seguro de ello—, lo que se ofrece como claramente fraudulento es el casi nulo ejercicio de paráfrasis estética, de la práctica de las dotes de “gusto” literario en los ejemplos más considerables de la Crítica de nuestro tiempo. Diríase que un puritanismo férreamente estoico, una ascesis purgativa de pasado, ha invadido a nuestros críticos científicos actuales. El placer de la lectura, el ejercicio de deleite en las bellas formas, consustancial con la esencia estética de lo literario, alcanza sólo tangencial y anecdóticamente el subrayado de los críticos científicos. Todo parecería hacer presagiar un paradójico pudor por no descubrir debilidades sensitivas, lo que puede ser quizá rasgo muy a respetar en un matemático o entomólogo, pero evidentemente no en quien elige libremente el ejercicio de la Crítica literaria.

Abordando la vertiente positiva de estas observaciones sobre la cultura literaria del crítico, creo que la vía para alzarse con la síntesis salvadora ha de venir de la imprescindible voluntad de “integración” de resultados analíticos parciales en procesos histórico-literarios complejos. La repetición de análisis de sonetos de Herrera, Lope, o Quevedo, por ejemplo, contará con pocas expectativas novedosas, si tras el análisis de doscientas composiciones sólo se llega a doscientas conclusiones, forzosamente paralelas y yuxtapuestas. De hecho, desde el archirrecordado análisis de *Los gatos* de Baudelaire, que movilizó —para mí que, en este caso, con muy pocos frutos de sorpresas y novedad crítica— nada menos que el prestigio consagrado de Jakobson y Lévi-Strauss, a los usuales ejercicios escolares o “prácticas de oposición” que alguna vez llegan a conseguir el discutible honor para sus autores de la publicación: una evidente sensación de campo agotado, de novedad muy problemática, debe agobiar a los críticos, quienes, a decir verdad, prodigan poco tales análisis, encerrándose, por el contrario, quizás para justificar su oficio, en galimatías metateóricos, con voluntad y deseos cada vez más difusos de abordar el inexcusable compromiso de su verificación. Y es fatal que así tenga que acabar siendo, porque el análisis inmanentista de cada soneto, en el ejemplo que hemos puesto antes, no tendría que ser sino el primer paso obligado en el establecimiento de tipologías y conclusiones literarias de rango superior y con mayor poder de generalización: tipología del soneto clásico, constantes temáticas y variaciones retóricas, definición explícita del perfil formal de un autor, escuela, movimiento o época, etc. . .<sup>11</sup>. Ejemplos de ejercicios de integración en que tan parca se nos ha ofrecido la crítica experimentalista de los últimos quince años. Y no se nos responda con el socorrido argumento de las “sólidas bases”; que las muestras que dicha crítica nos viene ofreciendo, evidencian sin lugar a dudas cómo tales bases están ya todo lo plenamente consolidadas que a cada talento particular le es alcanzable. Y ello, posiblemente, incluso desde bastante antes que las nuevas

fórmulas terminológicas recubrieran las viejas categorías y procedimientos de la Estilística y la Retórica.

Pasemos ahora a considerar los problemas más llamativos en el segundo constituyente del acto crítico, el objeto de intercambio, el mensaje o la obra crítica. Un problema inicial se plantea, constituyéndose en auténtica aporía para uno de los principios más arraigados en un sector mayoritario de la Crítica tradicional: se trata de la naturaleza de la obra crítica como intérprete o equivalente parafrástico fiel del contenido de la obra literaria. Descansa dicha noción en el concepto unívoco de la estructura de la obra como potenciadora de su también única manifestación poética, así como en la univocidad básica de su lenguaje<sup>12</sup>. Bien conocida resulta la difusión en la Crítica actual de la tesis contraria, desde las atractivas formulaciones de Barthes: la estructura de la obra se ofrece como mero “lugar” teórico donde se realiza el despliegue de un infinito de sus posibilidades significativas. De donde se deriva para la Crítica post-bartheana su concepción de *lectura plural*.

Con no ser una de las más nocivas herejías propuestas al aterrado cuerpo de la Crítica tradicional, la lectura plural destruye una de las “seguridades” clásicas de la Crítica. No puede ser objeto de la ocasión actual profundizar la complejidad entrañada en esta discusión. En primer lugar, la concepción de la obra literaria que la sustenta ha venido sugerida por un tipo muy circunstanciado de manifestaciones rigurosamente “abiertas” del arte más reciente, las cuales no cuentan con la menor garantía de no acabar resultando una moda pasajera<sup>13</sup>. Por otra parte, como el mismo Barthes reconoce con frecuencia, el arte “clásico” —por el que parece entender todo lo que no es “arte abierto”— se ofrece como una pluralidad cerrada, no infinita a la lectura. Añadamos finalmente que un estudio atento y esencializado de las obras más valiosas del arte considerado por Barthes “moderno”<sup>14</sup>, podría quizás ilustrar una tipología muy estabilizada de infracciones a la univocidad; lo que, si bien se mira, se aproxima bastante a una imagen “no abierta” de su estructura. El problematismo de este atractivo principio hace que no debamos considerarlo como característica universal de toda la Crítica europea actual. Desatendido de hecho, en general, por la crítica no francesa, los más serios analistas franceses, Greimas y sus discípulos, entre ellos singularmente Rastier, se oponen en nuestros días a la opinión que sustentan obras como *El texto de la novela* o *S/Z*, como principal obstáculo al establecimiento de estructuras isotópicas limitadas en la obra<sup>15</sup>.

Mucho más peligroso para la práctica crítica que la característica anterior, es la revolución del metalenguaje con el que se suele formular la obra crítica actual. La misma convicción neopositivista, difundida con riesgo de desproporción en la Lingüística actual, se ha extendido a la Crítica literaria y resulta



especialmente perceptible en aquellos de sus sectores más directamente vinculados con la especulación estrictamente lingüística, como la rama poética de la Lingüística del texto.

La tendencia a la formalización lógico-matemática de las intuiciones críticas constituye hoy ideal acariciado por la mayoría de los críticos jóvenes, por lo común con buena información lingüística. La abnegada generosidad de la juventud contempla como desafío personal la complejidad a veces inextricable de las "fórmulas equivalentes" y se lanza ilusionada a su aprendizaje, buscando casi siempre no escamotear a sus respetados lectores la cortesía de esta nueva forma de oscuridad suplementaria. Salte aquí, sin embargo, una vez más, la puntualización que he repetido a lo largo de todo este trabajo, cuantas veces se han rozado puntos susceptibles de movilizar maliciosas sospechas de inmovilismo. No condeno, tampoco en esta cuestión, la iniciativa en sí ciertamente enriquecedora, sino la miopía en su generalización o las omisiones producto de su demasía. Por lo menos considero mínimo exigible en la tendencia actual a la formalización mediante fórmulas-equivalentes, la desaparición de una arbitrariedad caprichosa claramente perceptible en la mayoría de los casos, que rige las leyes operativas en muchos de estos lógicos "suí generis". Es decir: o se utiliza un sistema de formalización lógico-matemática realmente poderoso y universalizable, aun corriendo con todos sus evidentes riesgos de restar abusiva y arbitrariamente lícitos lectores a la obra crítica, o se prescindir de tanto sustituto inelegante e improductivo, a base de ese tipo de formulitas obvias y de gráficos redundantes, que, ociosamente, manchan en los últimos tiempos las páginas de muchos trabajos críticos, por lo general a su vez también ociosos.

Dentro de la consideración de la obra crítica como elemento de intercambio del acto, e inmediatamente conectada con el problema general del lenguaje, hemos de condenar resueltamente la deformante infidelidad a la obra criticada que practica la crítica de voluntad más radicalmente formalizadora y esquematizadora de nuestros días. Con frecuencia, al término de una de estas investigaciones, su autor concluye que la interpretación acaba por suponer la destrucción misma del relato. El desarrollo "racional" de una estructura literaria deja de ser casi siempre un condigno equivalente artístico, y en cualquier caso la impresión —pobre impresión— que queda siempre tras de los análisis de este tipo, incluso los más ingeniosos, contrasta grotescamente con la grandeza literaria del objeto analizado, al no ser sino la consecuencia querida de la deliberada alteración del lenguaje introducida por la formalización. Frecuentemente, el acierto interpretativo que comunica la frase de un gran crítico —pienso en figuras de proverbial agudeza alusiva como Ortega y Gasset, Lukovskij, Barthes o Maurice Bianchot—, supera en valores gráficos y en diáfana fidelidad crítico-pa-

rafrástica los logros más afortunados de las fórmulas y gráficos más perfectos; y no se diga ya de la inmensa mayoría de los que conocemos, o absolutamente redundantes y ociosos, o totalmente mudos, e inútiles por tanto en la comunicación crítica, por no conseguir ser aclarativos más que, si acaso, para sus propios autores.

La discusión sobre el problema del lenguaje de la Nueva Crítica podría ser dilatada con facilidad a extremos no consentidos a la índole de este trabajo. Tratemos de sintetizarla invocando el retroceso que se agazapa tras la abolición del envidiable principio crítico de congruente identidad entre el lenguaje de las obras objeto de estudio y su propio lenguaje-metalenguaje. Valga esta razón, no como dique de ninguna rigurosa iniciativa enriquecedora, quede al nivel que quede en la producción crítica, sino como criterio para prevenir demasías, tanto en las tentaciones actuales de formalización matemática, como en las siempre menos alarmantes “licencias” en el lenguaje tradicional de la Crítica.

La problemática en torno al lenguaje crítico, tal como aquí se ha tratado, se prolonga en cierto modo y desemboca naturalmente en la consideración del tercer y último integrante del acto crítico, el destinatario, lector por partida doble, puesto que lo es al mismo tiempo de la obra criticada y del texto crítico. Las irregularidades en los otros dos ámbitos del acto crítico tienen su reflejo inmediato en la zona de influencia de ese tercer elemento. La secuela de un crítico-científico que utiliza una criteriología analítica y un lenguaje especial formalizado, predetermina consecuentemente un tipo también especial de lector crítico. Es decir, estamos asistiendo a la construcción de una modalidad de Crítica restringida y exclusivamente propedéutica, de una especie de código del código para iniciados-iniciadores, de un metalenguaje segundo. Yo no condeno, en ningún caso, esa posibilidad; a lo que me opongo como a irracionalismo desvirtuante es a que esa meta-crítica haya usurpado, en la práctica actual de los casos más difundidos y famosos en toda Europa, la función general de la Crítica.

No es, en mi opinión, improductivo ni ilícito el que exista una crítica para críticos; más necio, ingenuo y ocioso pienso que sea desde luego que se pretenda crear una literatura para estructuralistas, y sin embargo se ha intentado. Lo que se me antoja por lo menos una mutilación lamentable es que esa enseñanza crítica no sepa traducirse en crítica efectiva y auténtica, como creo sea el caso de la actual Crítica de empeño. Por altivez mal entendida, o —lo que es más probable— por limitación e impotencia connaturales, esa crítica para críticos ignora en nuestros días las vías de su conversión en Crítica auténtica.

Pero cabe que alguien pueda cuestionarse sobre el criterio de licitud que sustenta el que yo pueda hablar aquí de autenticidades. Para mí es tan elemental como todo lo lógicamente incontrovertible —lección de la *Retórica* de

Aristóteles tan frecuente como intencionadamente olvidada en los últimos siglos. Si la Crítica nació y se justifica hasta hoy como “literatura interpuesta” o “lectura intermediaria” para la literatura, su imagen y consideración no pueden ser en ningún caso diferentes del destinatario de la Literatura misma: es decir, el hombre, y no el lingüista o el mismo crítico. Si la literatura, desde la tragedia griega, se ha orientado a educar por el deleite la parcela de humanidad común a cada hombre<sup>16</sup>, la crítica como entidad global no puede fijarse la tarea de desembocar o “gastar” un terreno diferente, restringiendo con ello artificialmente sus vías de acceso.

No cabe ignorar aquí que el lector de la crítica más filológica, antecedente clásico de la crítica formal, suele ser un lector especial, un “gramático” o aspirante a tal. Pero tampoco cabe en cabeza cuerda la intransitividad de esa “*enarratio poetarum*”: facilitar y enriquecer la comprensión vulgar y generalizadora de los textos literarios sigue siendo término lógico forzoso para la Crítica formal actual, como lo fue para el quehacer mediador de los gramáticos griegos, latinos o indios. Sin contar, además, con el hecho feliz y honroso del enriquecimiento y ensanchamiento de la disciplina crítica y de la diversificación de su servicio a la propia Literatura, al hombre y a sus instituciones sociales. La lícita y deseable potenciación de las virtualidades críticas, merced a la colaboración en los últimos años muy asidua de la Sociología, la Psicología, la Historia, la Teoría general del Arte y tantas otras disciplinas y experiencias, ha contribuido poderosamente a identificar casi absolutamente en nuestros días al lector de la Crítica así entendida con el lector de la Literatura<sup>17</sup>.

Y este para mí indiscutible adelantamiento, perfecta y necesariamente conjugable con la dimensión esencial-obligatoria de “*enarratio*” estético-formal, debe ser contemplado como el logro fundamental de la escritura crítica al presente: su definitiva identificación con la Literatura como literatura, y por tanto el carácter, al fin, no obligadamente selectivo de su público respecto del público mismo de la Literatura. Todo ello no debe someterse al riesgo, o al menos a la efectiva desorientación retardadora, que puede verdaderamente llegar, si se perpetúa el abstramiento de los sectores más responsables de la Crítica actual en los deleites intelectualistas de una forma renovada de esoterismo cultural.

#### NOTAS

[ La extensión de las notas del presente trabajo nos obliga, por razones técnicas, a publicarlas en conjunto después del artículo y no a pie de página. Por lo demás, su carácter de información y comentario bibliográ-

ficos hace recomendable mantener las referencias bibliográficas dentro de ellas, respetando la norma del autor y pasando por encima, excepcionalmente, de las normas de la revista al respecto.— J.L.R. ]

- 1 Son muy numerosos ya los panoramas de conjunto existentes sobre las distintas direcciones de la Crítica moderna; pero sin embargo en todos ellos apenas si se perfilan con nitidez las líneas más generales que separan con rasgos verdaderamente esenciales las varias tendencias específicas. Para referirme sólo a los que han adquirido mayor notoriedad en el ámbito hispánico recordare las clásicas obras generales de René Wellek, en *Conceptos de Crítica Literaria*, Caracas, Ed. Biblioteca Univ. Central de Venezuela, 1968, así como gran parte del contenido del Volumen III de su *Historia de la Crítica Moderna*, Madrid, Gredos, 1972; asimismo el agudo compendio de E. Anderson Imbert, *Métodos de Crítica Literaria*, Madrid, Rev. de Occidente, 1969, y el desigual resumen de Guillermo de Torre, *Nuevas direcciones de la Crítica Literaria*, Madrid, Alianza, 1970. Centrados en presupuestos más estrictamente "modernos", hemos de referirnos aquí al útil panorama general de Alicia Yllera, *Estilística, poética y semiótica literaria*, Madrid, Alianza, 1974, con la ventaja de tender un puente, siempre acertado y oportuno, hacia la vinculación estilística de corrientes "novísimas", y a nuestro *Significado actual del Formalismo Ruso* Barcelona, Planeta, 1973, cuya complementación con una perspectiva paralela de ambientes científicos distintos puede lograrse con la documentada obra de Jens Ithwe, *Linguistik in der Literaturwissenschaft. Zur Entwicklung einer modernen Theorie der Literaturwissenschaft*, München, Bayerischer Schulbuch Verlag, 1972. Por lo que hace a la Crítica semiológica, deseo al menos por lo que se refiere a nuestro ámbito, advertir la urgente necesidad de clarificación de sus contenidos estrictos, que considero todavía imprecisamente determinados. A tal respecto corresponde la iniciativa española a los trabajos de Carmen Boves, especialmente en el terreno más próximo a la Crítica su introducción a *Crítica Semiológica*, Santiago de Compostela, Universidad, 1974, pp. 9-24, y los presupuestos teóricos a su *Gramática de Cántico (Análisis semiológico)*, Planeta, Barcelona, 1975, pp. 59-78. Finalmente, el útil y equívoco término de *Poética*, y su en cierto modo análogo —partiendo por supuesto de la reducción inicial de *Poética* en este sentido— de *Textología*, ha recorrido largas etapas desde sus posiciones iniciales en Roman Jakobson, *Linguistics and Poetics*, en Th. A. Sebeok, *Style in Language*, Press of Mass. Inst. of Technology, y J. Wiley, Nueva York y Londres, 1960, pp. 350-377 (Trabajo después muy frecuentemente reproducido y traducido, de amplia difusión en la versión francesa de los *Essais de linguistique générale* de su autor y después traducido a nuestro idioma en la parcial edición de la colección de Sebeok, como *Estilo del Lenguaje*, Madrid, Cátedra, 1974, pp. 125-173), hasta sus más recientes versiones en *Questions de poétique*, Paris, Seuil, 1973. Esta tradición de *Poética* ha sido filtrada bajo tal acuñación en los discípulos de Roland Barthes, en sentido más próximo a *Poética (Critique et vérité*, Paris, Seuil, 1966), o a teoría general de los textos, o *textología (S/Z*, Paris, Seuil, 1970). Recordemos trabajos bien conocidos como el de D. Delas y J. Filliolet, *Linguistique et poétique*, Paris, Larousse, 1973; y sobre todo los de Tzvetan Todorov, decididamente orientados bajo esta acepción, *Literatura y Significación*, Barcelona, Planeta, 1971. *Poétique de la prose*, Paris, Seuil, 1971, así como su útil epítome muy clarificador sobre este punto, *Poétique*, Paris, Seuil, procedente de una obra de conjunto *Qu'est ce que l'estructuralisme?*, Paris, Seuil, 1968. Destaquemos asimismo el poderoso efecto de asentamiento del término y la noción de *Poética* en el sentido que aquí nos ocupa, que cumplen revistas como las "Poética" alemana y danesa, la francesa "Poétique", de Seuil (editada por H. Cisout, G. Genette y T. Todorov) y la holandesa "Poetics" (en la actualidad editada por la North-Holland Publishing Comp., editor T. A. Van Dijk). Una de las últimas obras valiosas que conozco, que gravita en este ámbito, es la de Rolf Klopfer, *Poetik und Linguistik*, München, W. Fink, 1975. Precisiones, en fin, de gran autoridad respecto del valor y alcance del término son las que introduce Fernando Lázaro Carreter en sus breves pero imprescindibles *Consideraciones sobre la lengua literaria* (pp. 44-45, en *Doce ensayos sobre el lenguaje*, Madrid, Fundación Juan March, 1974, pp. 35-48); otro anticipo más sin duda de una esperada y prometida *Poética* general del ilustre profesor y académico.

2 No es posible ya reseñar, ni siquiera someramente, los diferentes intentos de sistematizar las aportaciones de la Teoría lingüística en la creación de una metalengua o teoría crítico-literaria. Recordando sólo las más conocidas iniciativas de índole general, mencionaré los bien conocidos trabajos recogidos en Th. A. Sebeok, *Style in Language*, ya citado; así como las dos misceláneas de artículos recogidos por John Spencer, *Linguistics and Style*, Londres, Oxford Univ. Press., 1964 y por Roger Fowler, tanto los *Essays on Style and Language*, Londres, Routledge and K. Paul, 1966 como *The Languages of Literature*, Londres, Routledge and K. Paul, 1971. Rica es también la muestra editada por Donald C. Freeman en *Linguistics and Literary Style*, Nueva York-Londres, Holt, 1970. Pero quizás la más extensa labor antológica de estudios en esta dirección la constituyen los cuatro bien elegidos volúmenes de Jens Ihwe, *Literaturwissenschaft und Linguistik, Ergebnisse und Perspektiven*, Frankfurt, Athenäum, 1971. Útiles son igualmente, en el mismo ámbito alemán, ciertas aportaciones de la *Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik* (LILL), de Athenäum, Frankfurt; en el dominio francés el intento inicial del Coloquio de Cluny, *Linguistique et Littérature*, número especial de *La nouvelle critique*, 1966, así como el posterior número monográfico de *Langages*, 12, *Linguistique et Littérature*, 1968. Con respecto a monografías de autores individuales recuérdense los trabajos de Trevor Eaton, *The Semantics of Literature*, La Haya, Mouton, 1966; el muy estimable libro de Samuel R. Levin, *Linguistic Structures in Poetry*, La Haya, Mouton, 1969; así como el de utilidad más discutible de Karl D. Uitti, *Linguistics and Literary Theory*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1969 (recientemente traducido al español, en Catedra, 1975). Por último, en fechas próximas, la aportación antes citada de Rolf Klopfer, *Poetik und Linguistik*, y la de Daniel Delas y Jacques Filliolet, *Linguistique et poétique*; finalmente, las de Roland Harweg, *Text Grammar and literary text: Remark on grammatical science of literature*, en *Poetics*, 9, 1973, pp. 65-91, y William O. Hendricks, *Linguistic contributions to literary science*, *Poetics*, 9, 1973, pp. 86-102. Como ensayo, ya anticuado, de bibliografía respecto de este problema general, destacaremos el trabajo de Thomas J. Roberts, *Literary-linguistics; a bibliography (1946-1961)*, en *Studies in Language and Literature*, Texas, 1962.

3 Dentro del antes referido inabarcable recuerdo de las aportaciones de la Ciencia lingüística a las categorías de la Crítica literaria actual, un subgrupo cada vez más difícilmente contable a su vez es el de aplicaciones generativas al análisis crítico. Ya Fernando Lázaro reseñó a tiempo los primeros pasos en la lingüística norteamericana de Richard Ohman, y los en cierto modo parcialmente análogos de Curtis W. Hayes, ("La lingüística norteamericana y los estudios literarios en la última década", en *Revista de Occidente*, Diciembre, 1969, No. 81, pp. 319-347, especialmente pp. 333-336). Artículos clásicos en este terreno continúan siendo los de Morton W. Bloomfield, *Generative Grammar und Literaturtheorie* (no lo conocemos en su versión original inglesa de Bucarest, 1967, sino en la versión alemana en que lo publicó Ihwe, en *Literaturwissenschaft und Linguistik*, cit., vol. II/2, pp. 522-533), y el de Jiri Levy, *Generative Poetics*, en A. J. Greimas ed., *Sign, language and culture*, La Haya-Paris, Mouton, 1970, pp. 548 y ss. Máximamente clarificadora es la aproximación excelente de Manfred Bierwisch, *Poetik und Linguistik*, en H. Kreuzer y R. Gunzenhäuser (eds.), *Mathematik und Dichtung*, München, 1965, pp. 49-65. (utilizable también en la versión inglesa, de *Linguistics and literary stil*, editada por C. Freeman, pp. 96-115). En la misma antología de Ihwe se incluyen otros varios de naturaleza transformativo-generativa de Sol Saporta, Samuel R. Levin, R. Fowler, K. Baumgärtner, W. O. Hendricks y J. P. Thorne (Vol. II/2, pp. 327 y ss.). Movidos desde necesidades más internamente críticas, debemos recordar aquí la modificación teórica del análisis crítico que desde categorías muy usuales de la generativa soviética ha preconizado Julia Kristeva, primero tibia y poco integradamente en *El texto de la novela*, Barcelona, Lumen, 1974 (original francés en Mouton, 1970, escrito en 1967) y en distintas aportaciones —análisis tabular, geno/feno-texto, etc. — en *Semeyotiké: Recherches pour une sémanalyse*, Paris, Seuil, 1969. Dentro de la Lingüística del Texto la dimensión generativista constituye una de las vertientes claves de los trabajos de Janos S. Petőfi; pero es en Teun A. van Dijk donde la explicación generativa de la estructura profunda textual (Macroestructura) reviste una más oficial y persistente presencia. Las categorías generativas organizan la hasta hoy mayor y mejor conocida aportación de Van Dijk, *Some Aspects of Text-grammars*, La Haya-Paris, Mouton,

1972; y un conjunto de trabajos de esta específica orientación formaron sus *Beiträge zur generativen Poetik*, München, 1972. Títulos sueltos del mismo autor, con muy especial orientación generativista, son: "Sémantique générative et théorie des textes", en *Linguistics*, 62 (1970), pp. 66-95, "Some problems of generative grammars", en *Poetics*, 2 (1971), pp. 5-35, "Quelques aspects d'une théorie générative du texte poétique", en A. J. Greimas (ed.), *Essais de poétique sémiotique*, Paris, Larousse, 1972, pp. 180-206.

4

Comienzan a difundirse en España noticias por ahora casi absolutamente orales sobre la Lingüística del Texto, que amenazan convertir en deformada caricatura a esta joven y ya pujante parcela de la moderna investigación lingüística. Muchas de mis consideraciones generales inscritas en este artículo tienen como sustento objetivo las ventajosas perspectivas —como los riesgos de descarrío— que ofrece esta rama lingüística para el afinamiento y rigorización de categorías, algoritmos y estrategias analítico-críticas. Por todo ello me extenderé en esta nota para tratar de prevenir brevemente contra exageraciones deformadoras de su imagen objetiva —así las demasiado positivas como las negativas—, productos casi siempre de juicios precipitados que no toman suficientemente en cuenta las ya muy restringidas dimensiones reales de esta rama científica.

La Lingüística del Texto como realidad concreta se ha consolidado en los últimos años en Alemania y Holanda, paralelamente a otros desarrollos franceses de índole más semiológica y crítica que propiamente lingüística. Con posterioridad, el interés por la dimensión textual del mensaje lingüístico ha ganado prometedora atención en selectos círculos lógicos y lingüísticos italianos (Pavía y Palermo). En Alemania arrancó inicialmente de los propósitos fundacionales de dos nuevas Facultades de Lingüística en Constanza —en principio el grupo más pujante, hoy ya bastante desdibujado— y en Bielefeld, que en la actualidad constituye sin duda el centro de más caracterizado liderazgo en Alemania (J. Ihwe, W. Koch, H. Rieser, M. Rüttenauer, "Informationen über das Konstanzer Projekt Textlinguistik", en *Folia Linguistica*, 5 (1971), pp. 221-4).

Los presupuestos iniciales en que se fundamenta son el objetivo principio de que no hablamos por frases sino por textos; es decir, todas las unidades lingüísticas regulan su interacción operativa según el "plan textual" en que aparecen insertadas. A Peter Hartman, prestigioso animador inicial del grupo de Constanza, correspondieron las primeras apreciaciones sistemáticas en tal sentido, desde el temprano artículo "Zur Aufgabe der Linguistik" (*Lingua*, 21, 1968, pp. 197-215) a otros trabajos de intenciones programáticas, como "Texte als linguistisches Objekt" (en W. D. Stempel (ed.), *Beiträge zur Textlinguistik*, München, Fink, 1971) y, con la conciencia clara de las posibilidades de extensión interdisciplinaria del concepto de textualidad, "Probleme der semantischen Textanalyse" (en S. J. Schmidt (ed.), *Text, Bedeutung, Ästhetik*, München, 1970, pp. 15-42). De otra parte la inolvidable importancia lingüística del nivel textual era destacada con frecuencia desde el magisterio de Eugenio Coseriu, en numerosas apreciaciones dispersas en sus trabajos; muy en especial hay que recordar aquí sus "Lexikalische Solidaritäten" (*Poetica*, 1, 1967, pp. 293-303; no gratuitamente recogido como aportación fundamental a la Textlinguistik en *Lektürekolleg zur Textlinguistik*, ed. por Kallmeyer y otros, Frankfurt, Athenäum, 1974, pp. 74-86).

El texto, concebido así en su condición de unidad o plan textual, descubre, como toda entidad lingüística, una doble vertiente de afirmación: estructura de manifestación aparential-lineal, estructura de superficie y estructura profunda. A uno y otro nivel, el principio definidor de la unidad textual y delimitador de los aledaños textuales es el de cohesión entre sus constituyentes, manifestada para los participantes en el acto comunicativo como conciencia del plan textual. Lógicamente la Gramática y la Retórica tradicionales ofrecían antecedentes muy fundados para establecer ilustraciones, si no sorprendentes sí incontrovertibles, del fuerte determinismo textual en el funcionamiento de elementos gramaticales, tales como el artículo, el pronombre, o la distribución temporal del verbo. Como trabajos modélicos en estos tres dominios (entre las decenas fácilmente extraíbles de los comentarios bibliográficos de W.U. Dressler y S.J. Schmidt, *Textlinguistik* (Kritische Information, München, Fink, 1973) recordaremos los del conocido lingüista Harald Weinrich: p. e. "Textlinguistik: Zur Syntax des Artikels in der deutschen Sprache" en *Jahrbuch für internationale Germanistik*, 1, 1969, pp. 61-74; completado en "The textual function of the french article" en S. Chatman (ed.), *Literary Style*, London-Nueva York,

1971, pp. 221-240 (utilizado por mí en la cómoda antología *Lektürekolleg zur Textlinguistik*, cit. Vol. II, pp. 266-293). También hay que tener presente en este punto la base textual implícita en su conocida y atractiva teoría sobre el funcionamiento de los tiempos verbales *Tempus. Besprochene und erzählte Welt*, Stuttgart, Kohlhammer, 1971. (Existe una versión inicial española de la teoría temporal de Weinrich, en *Estructura y función de los tiempos del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1968). Respecto de las implicaciones textuales del funcionamiento pronominal, la Lingüística del Texto y la Gramática tradicional han dado uno de sus mejores frutos en el modelico estudio de Roland Harweg, *Pronomina und Textkonstitution*, München, Fink, 1968.

Sin embargo las aportaciones más interesantes y novedosas a nuestro juicio en la descripción de la estructura textual de superficie no provienen del campo estricto de las categorías gramaticales tradicionales. Una gramática textual con fuertes conexiones con la Lógica se ha venido desarrollando, de la cual el más completo y ordenado resumen nos lo proporciona Wolfgang Dressler en su *Einführung in die Textlinguistik*, Tübingen, Niemeyer, 1973. La referencia a esta obra nos exime de dar aquí cuenta detallada de una abundantísima bibliografía que Dressler resume y ordena con gran acierto y claridad. La coherencia textual se organiza a este nivel en una serie de apartados: la *recurrencia* y la *paráfrasis* constituyen vehículos de explicitación de los vínculos entre los componentes textuales (G. Ungeheuer, "Paraphrase und syntaktische Tiefenstruktur, *Folia Linguistica*, 3, 1970, pp. 178-227); en el plano de los "denotata" la recurrencia textual se manifiesta como *correferencia*, fenómeno fundamental en las explicaciones del funcionamiento pronominal de Harweg y G. Lakoff, y que está en la base de otros muchos fenómenos de solidaridades lingüísticas puestos de relieve por B. Palek, *Cross-Reference. A Study from Hyper-Syntax*, Praga, Universidad Karlova, 1970. (Para la consideración del estatuto semántico de la correferencia, Klaus Heger representa dentro de la Semántica actual europea el máximo exponente del esfuerzo asimilador de la Filosofía y la Lógica actuales sin abandonar el dominio estricto de la Lingüística; su sistema semántico ha culminado en la obra *Monem, Wort und Satz*, Tübingen, Niemeyer, 1971, reelaborada luego en *Monem, Wort, Satz und Text*, Tübingen, Niemeyer, 1976). Elementos básicos en la manifestación de la coherencia son los índices intratextuales y los fenómenos de sustitución de formas equivalentes, donde los resultados de la especulación textual han ensanchado la teoría tradicional de los pronombres a campos más comprensivos y generalizados, como el de los fenómenos de anáfora textual y el del estatuto sintáctico-semántico de las *proformas*. (Como estudios representativos de estos problemas, aparte de los generales ya aludidos sobre pronominalización, propondríamos los de R. Dougherty, "An interpretative Theory of pronominal reference", en *Foundations of Language*, 5, 1969, pp. 488-519, y E. V. Padučeva, "Anaphoric relations and their manifestations in the Text", en *Proceedings of the Int. Cong. of Ling.*, 10, 2, 1970, pp. 693-697). Como es bien sabido, no todos los fenómenos de coherencia textual residen en referencias explícitas intratextuales; quizá la mayoría de los hechos de conglomeración de elementos en el conjunto de un texto radica en aquellas de sus propiedades lógico-semánticas que podríamos llamar extra-textuales y paradigmáticas. De ahí que el estudio de los fenómenos de *inclusión lógica* y de las *presuposiciones* hayan encontrado favorable e interesado eco en las discusiones de la gramática textual. (J. S. Petöfi y D. Francks, eds., *Präsuppositionen in Philosophie und Linguistik/Presuppositions in Philosophy and Linguistics*, Frankfurt, Athenäum, 1973).

En el estudio de los principios básicos de la progresión intratextual la mecánica consagrada ya es la de las viejas nociones *tema* y *comentario* de Hallyday, reelaboradas con la conciencia de su valor co-textual por F. Daněš, en su imprescindible estudio "Zur linguistischen Analyse der Textstruktur", en *Folia Linguistica*, 4, pp. 72-79. Otros problemas muy interesantes son las posibles relaciones con la gramática casual de Fillmore de los componentes textuales, *Handlungsrollen* y *dramatis personae*, como principios determinantes de la elaboración textual. Los procedimientos de *perspectiva* y *puesta de relieve* en el interior del texto quedan vinculados a los fenómenos generales de *expectativa textual*, regulados por sistemas de desarrollo sentencial en el texto bien definidos por K. E. Harper. Por último no cabe omitir la referencia de la problemática textual obviamente derivada de los procesos gramaticales *conectivos* de frases y elementos textuales; las enseñanzas tradicionales han sido en este caso muy atinadamente convertidas a su incidencia

textual por W. A. Koch, "Einige Probleme der Textanalyse", *Lingua*, 16, 1966, pp. 383-398. H. Isenberg, "Überlegungen zur Texttheorie", en Ihwe (ed.), *Literaturwissenschaft und Linguistik*, cit. Vol. 1, pp. 155-172. (En esta línea de análisis de la estructura gramatical textual de superficie, como ejemplo de progresiva conciencia en el paso de la gramática de frase a la gramática textual, W. A. Koch ha sido uno de los más significados contribuidores, al menos en cuanto al número de trabajos. En sus obras *Vom Morphem zum Textem. From morpheme to texteme*, Hildesheim, Olms, 1970, y *Das Textem*, Hildesheim, Olms, 1973, aparecen recogidas sus numerosas aportaciones, a las que hay que añadir, como editor, su útil antología *Strukturelle Textanalyse*, Hildesheim, Olms, 1972).

Mucho menos abundantemente investigado —al menos con propósitos estrictamente lingüísticos— se presenta el ámbito de la estructura profunda textual. Los rasgos superficiales de coherencia textual no son sino la epifanía lineal y discreta de solidaridades íntimas y continuas en la estructura profunda. Anticipos geniales de esta intuición se hallan sin duda en la "semantic gesture" de Mukařovský (A su actualización en términos próximos al concepto de "plan textual" de Van Dijk han contribuido poderosamente Félix Vodička, "The integrity of the literary process", en *Poetics*, 4, 1972, pp. 5-15, y en el mismo número Milan Jankovič, "Perspectives of 'Semantic gesture'", pp. 16-27). Pero el intento más sistemático y extenso de investigar la estructura profunda textual llevado a cabo hasta la fecha es el de Van Dijk, sobre todo en "Some aspects of Textgrammars", cit.

Por ser esta obra bastante conocida, me limitaré aquí a advertir el carácter meramente metateórico, provisional y elementalísimo de la mayor parte de sus investigaciones sobre la estructura profunda. Esto no supone ni mucho menos un modo de descalificación de Van Dijk, al que considero con Petöfi entre los más importantes y prometedores cultivadores de la Textlinguistik, sino el reconocimiento simple del estado incipiente de la investigación en este nivel, así como de los difícilísimos problemas a él inherentes. Sólo tras la especificación concreta de reglas transformativas macroestructurales podremos dar por definitivamente válido el atractivo bosquejo de la estructura textual que nos ofrece Van Dijk en el capítulo "The form of T-grammars", (pp. 16-21). Otro tanto cabe decir sobre la tentadora hipótesis isomorfista de la formulación elemental del componente básico en la estructura profunda textual, explicada mediante reglas de predicado lógico, en lo que Van Dijk recoge consciente o inconscientemente el importante hallazgo central de A. J. Greimas ("This hypothesis —dice Van Dijk—, then, is based on the simple assumption that the basic structures underlying whole texts and sentences can be considered isomorph"), si bien Van Dijk opone reparos al modelo de Greimas —que él mismo no resuelve—, y proclama su adhesión al de la "gramática de casos".

Como crítico literario espero de Van Dijk y del análisis generativo de la macroestructura textual, precisamente la rigurosa formalización lingüística de la fisonomía general y las reglas de transformación de la estructura profunda; y no al revés. Pues en efecto el expediente de ilustrar estos interrogantes con descripciones añejas de la *dispositio* retórica, o con fórmulas siempre aproximadas tomadas a préstamo de la gramática narrativa de Propp, Greimas o Labov y Valentzky ("Some Aspects", cit. pp. 134-139), no puede resultar en ningún caso satisfactorio; al mismo tiempo que el carácter fundamental de la doctrina omitida deja en justificada duda la valoración del resto de la teoría.

Precisamente en la medida en que ha sabido superar de modo permanente la tentación de la fórmula meramente aproximada, sacrificando incluso la amplitud explicativa de su objeto a la capacidad de rigurosa formalización, la gramática textual de Janos S. Petöfi —matemático, lógico y lingüista húngaro que ha trabajado en Suecia y actualmente es catedrático en Alemania— es reconocida generalmente como el modelo más completo y riguroso de investigación textual. La obra de Petöfi resulta verdaderamente difícil de seguir en detalle por la extraordinaria multiplicación de sus publicaciones, papeles de discusión interna, etc. . . (Un índice completo de sus trabajos hasta finales de 1974, puede consultarse en su obra *Vers une Théorie partielle du texte*, Hamburgo, Buske, Papiere zur Textlinguistik No. 9, 1974). Con todo, y en especial en lo que se refiere al campo de nuestros intereses actuales, es decir al análisis textual, más que consideraciones metodológicas, creo que una línea de formulación ya plenamente lograda podría fijarse en 1973, con dos trabajos centrales, "Towards an empirically motivated grammatical theory of verbal texts", en un libro de contenido verdaderamente imprescindible para el conocimiento general de la Lingüística del Texto, los *Studies in Text-grammar*, ed. por J. S. Petöfi y H. Rieser, Dodrecht,



Boston, D. Riedel, 1973 (Series suplementarias de "Foundations of Language"). El segundo de los trabajos aludidos es la obra en colaboración con H. Rieser, *Probleme der modelltheoretischen Interpretation von Texten*, Hamburgo, Buske (Pap. zur Textlinguistik No. 7), 1973.

Petöfi ha partido de una sistemática crítica a los diferentes modelos previos de descripción lingüística que podríamos llamar gramático-sentenciales. Tarea abordada por extenso tanto en la primera parte de su libro, *Transformationsgrammatiken und eine ko-textuelle Texttheorie*, Frankfurt, Athenäum, 1971, como de modo más sintético en el preámbulo de "Towards and empirically motivated grammatical theory of verbal texts". No se trata de repudiar las nociones generativistas, que por el contrario constituyen el modelo de investigación gramatical que Petöfi extrapola al dominio del texto ("a textgrammar has to guarantee —ha escrito en otro lugar Petöfi— the generation of all text-bases (more precisely: it has to describe all relations which are of grammatical nature in the generation of a text-basis)", en "Generativity and text-grammar", *Folia Linguistica*, 5, 1971, pp. 277-309). De este modo en la más pura ortodoxia generativista se distingue entre manifestación lineal textual y estructura textual profunda o *base textual* (Text Basis/Text-B), en la que se advierten dos componentes: la *representación semántica textual* (TextSe R) y el *bloque de información* (Text  $\Omega$ ). (En un trabajo anterior a su teoría standard, describía así Petöfi el valor operativo de la Text-B: "The Text-basis is the final result of the decomposition and the starting point of the composition (or recomposition). As the starting point of the recomposition, it has, as a consequence of its gradually ceasing neutrality concerning the manifestation, numerous possibilities of the establishment of the surface (linear form)", "The syntactico-semantic organization of text-structures", en *Poetics*, 3, 1972, pp. 56-99).

Peculiaridad importante de la teoría textual de Petöfi, ya evidente desde sus bosquejos más primarios (por ejemplo *On the structural linguistic analysis of poetic works of art*, publicado en Budapest en 1967; yo lo he leído en Koch, ed. *Strukturelle Textanalyse*, cit. pp. 400-428), es su propósito integral, que no se agota sólo en un recorrido analítico del texto a sus componentes, sino que se propone al mismo tiempo como alternativa sintética —de los componentes al texto— y comparativa de textos. A esta virtualidad multidireccional del método se refiere el postulado implícito de "textos no fijados linealmente", es decir, textos formulados no como puntos de partida analíticos, sino en todo caso como un último paso de un proceso inverso de síntesis. En este punto básico es donde la gramática textual de Petöfi se constituye en método verdaderamente lingüístico y crítico, a diferencia de los métodos puramente crítico-literarios de intereses exclusivamente analíticos. La gramática incluye tres componentes: *sistema de formación de reglas* (F R), *sistema de reglas transformativas* (Tr R) y *Léxico* (L).

Los sistemas de reglas —explicitadas hasta dieciséis las primeras, y que yo sepa nunca ahora formuladas por Petöfi las transformativas— corresponden a los conjuntos de reglas de reescritura del componente sintagmático y a las reglas transformativas de las gramáticas generativo-sentenciales. Sólo, claro está, que la primera regla arranca del componente textual profundo. El léxico, que ha merecido siempre muy especial atención de Petöfi (recordemos con anterioridad a las publicaciones básicas que analizamos, los antipocos muy particularizados en trabajos precedentes, como "Probleme der ko-textuellen Analyse von Texten", en Ihwe, ed., *Literaturwissenschaft und Linguistik*, cit., Vol. I, pp. 173-212 o incluso las interesantes distinciones de un trabajo anterior entre unidades de comunicación y de relación, "Bemerkungen zur semantischen Interpretation von sprachlichen Kunstwerken", en Ihwe, *Literat. und Ling.*, cit., Vol. III, pp. 81-105), se concibe como un conjunto de *definiciones* que, como las reglas de los sistemas, adopta la forma lógica de funciones predicado, más otras entidades: relaciones de convertibilidad e inventarios tesaurísticos.

A estos tres componentes teóricos hay que añadir, para adquirir idea completa de la teoría textual de Petöfi, los tres *algoritmos*: de análisis, síntesis y comparación, que al concretarse en procedimientos operativos en el caso de textos concretos se convierten en *estrategias*. El *algoritmo de la síntesis textual* lo integran *argumentos variables* como unidades mínimas de estructura textual; *listas de indicios-referencias*, especificadoras de entidades reales representadas en el texto; *redes temáticas*, es decir, conjuntos isotópicos de temas en el texto; *diagrama de relaciones de referencia*; y *redes comunicativas*, que afectan a las circunstancias de la emisión del texto. A estos componentes básico-hipotéticos sucede un segundo bloque de

*predicados concernientes a la expansión de los predicados nucleares*, conjunto de precisiones locales y temporales que van organizando, en el sentido del nivel superior de manifestación lineal, los elementos hipotético-nucleares. Un tercer bloque lo constituyen los *predicados que constituyen las proposiciones y los constituyentes sentenciales* del texto, con los cuales entramos ya en el dominio de las concretas sentencias incluidas en el texto. Por último los *predicados correctivos* entre las distintas unidades sentenciales del texto; sigue una serie de operaciones en la estructura de superficie sentencial hasta el límite de la manifestación lineal léxica. El algoritmo del análisis, no descrito en estos términos, puede servirse naturalmente de tales indicios categoriales para proceder a la inversa en la descomposición del bloque textual en sus componentes hasta la estructura profunda.

Cón posterioridad al estado de su teoría hasta aquí bosquejado, la especulación teórica de Petöfi se ha orientado en tres sectores. Más que a perfeccionar los problemas sintácticos o más propiamente analíticos de la construcción textual, ha profundizado la naturaleza semiológica y lógica de los productos textuales, haciendo apelación a las variables creadas por una lógica de "mundos posibles" (por ejemplo: "Modalität und topic-comment in einer logisch-fundierten Textgrammatik", en A. Dahl, ed., *Topic and comment, contextual boundness and forms*, Hamburgo, Buske (Papiere zur Textl. No. 6), 1974; "Einige Probleme der Repräsentation der 'Argumente' in Rahmen einer Textgrammatik", en M. Rüttenauer, (ed.), *Textlinguistik und Pragmatik*, Hamburgo, Buske (Papiere zur Textl. No. 3), 1974; "Von der Satzgrammatik einer logisch-semantisch Texttheorie" y "Einige Bemerkungen über die grammatische Komponente einer interpretierten semiotischen Texttheorie", ambos de próxima aparición y que conozco en circulación privada por gentileza de su autor). Otra vertiente muy frecuentada por Petöfi en los últimos tiempos es la profundización teórica del léxico, así como diversos proyectos de construcción de un léxico con varios miles de entradas (al respecto, "Some aspects of a multi-purpose thesaurus", en *International classification*, 1, 1974, No. 2, pp. 69-76, y "Alle Wege führen zum Lexicon", aparecerá en las Actas de la reunión lingüística de Salzburgo de 1975, editadas por G. Drachmann). Por último, un tercer campo de expansión de sus teorías se ha repartido entre la problemática pragmático-textual ("Formal pragmatics and a partial theory of text", en S. J. Schmidt, ed., *Pragmatik II*, Munich, Fink, 1974, así como "Some remarks on 'formal pragmatics'", en su libro con Rieser *Probleme der modell-theoretischen Interpretation von Texten*, cit.) y las aplicaciones de la teoría textual a corpus varios: jurídicos, teológicos, coloquiales, etc. (cf. un ejemplo de todos ellos en P. Hartman y H. Rieser, ed., *Angewandte Textlinguistik*, Hamburgo, Buske (Papiere zur Textl. No. 2), con aportaciones de Petöfi).

Una dimensión de importancia y cultivo muy notables dentro de la Lingüística del Texto es la de sus relaciones con la Pragmática, al punto que para muchos cultivadores de la disciplina y para no pocos observadores ajenos se llega a hablar de una total integración en la Pragmática de los contenidos de la Lingüística textual. De su dimensión pragmática la faceta más frecuentemente tenida en cuenta es la de las circunstancias de la producción textual y las de la implantación del texto en una realidad comunicativa. Frente a la dimensión de los rasgos *co-textuales* del texto la Pragmática se ejerce con preferencia en el ámbito *co-textual*. Sin embargo por la índole de este artículo, no dedicaré demasiada extensión a resumir los aspectos más interesantes de esta problemática, remitiendo a los trabajos más conocidos de W. Kummer y al resumen de J. S. Schmidt, quien concede amplia entrada a la Pragmática en su concepción de la teoría textual (cf. J. S. Schmidt, *Texttheorie*, München, Fink, 1973).

- 5 Este aspecto concreto del formalismo ruso, su actualidad, sus posibilidades de conexión con los postulados y propósitos recientes de la Crítica literaria en sus distintas vertientes, constituyó el objeto fundamental de nuestro libro *Significado actual del Formalismo ruso*, cit. Pasados unos cuatro años desde que lo escribí la evolución actual de la crítica me hace pensar que el formalismo ruso, como escuela redescubierta, causó un impacto inicial indiscutible e incluso un cupo de influencias concretas considerables. Pero su condición de tradición interrumpida y en grandes sectores frustrada determinó una casi total ausencia de continuismo integralmente activo en toda su dimensión. Sólo las mayores, las innegables e inolvidables enseñanzas del formalismo, en especial aquellas que venían a coincidir con los resultados de las escuelas formalistas europeas y americanas posteriores, han quedado para la crítica europea actual como categorías fundamentales de su organismo

teórico, más incluso que como estrategias de análisis.

6. Está por realizarse una verdadera exploración de la Retórica y la Poética tradicionales como cantera de conceptos y metodologías, utilizados o disponibles, de la crítica actual. Existe en nuestros días un indudable interés en todo el mundo por preparar este terreno, a base de renovados estudios sobre la historia y la sistemática tradicional retórico-poética (Weinberg, A. Buck, P. Zumthor, A. Martí, etc. . .); pero el redescubrimiento de tantas y tantas corrientes subterráneas para la óptica cultural de nuestros días es el verdadero "cascabel del gato", prometedor pero enormemente difícil de poner. (Recordemos, como botón de muestra, a tal propósito, un estudio que fácilmente podría haberse extendido a un tipo de consideraciones verdaderamente centrado en el sentido de nuestra propuesta, Paul Zumthor "Rhétorique médiévale et poétique", en un contexto tan "inspirador" para este tipo de iniciativas como el número fundacional de la revista "Poetics", 1971, pp. 46-82). Iniciativa válida, pero ni con mucho suficiente, pudiera ser la de la *Rhétorique générale*, de J. Dubois y otros (París, Larousse, 1970), precedida por todavía más diluidas aproximaciones como *A Rhetoric of motives* de Kenneth Burke (Berkeley, Univ. of California Press, 1969). En España resulta prometedor la actividad en este sentido de Francisco Abad Nebot, en obras de próxima aparición (véase ya la muestra de voluntad claramente integradora que suponen algunos de sus estudios, como "Concepto y valor explicativo de la ciencia poética", en *Revista Española de Lingüística*, 4, 1974, pp. 155-161). Por ignorancia de tales fuentes y coincidencias se "inventan" con demasiada frecuencia hallazgos sepultados en el olvido de siglos de las obras clásicas. A título de ejemplo nos referiremos aquí sólo a los clarísimos antecedentes aristotélicos sobre el funcionamiento de las mecánicas de mejoramiento y empeoramiento del protagonista y el antagonista trágicos respecto del final de la tragedia; repárese en su coincidencia fundamental con las mecánicas de la progresión de la gramática narrativa en el inteligente y difundido modelo de Cl. Bremond ("La logique des possibles narratifs", *Communications*, 8, 1966, pp. 60-76).
7. Sólo por ofrecer aquí referencias concretas, me referiré a algunos de los más importantes nombres y libros en el panorama de la influyente crítica estructuralista francesa. Efectivamente, si se compara la obra teórica o las especulaciones metalingüísticas de Barthes, Kristeva o Todorov con sus concretas realizaciones analíticas hasta el presente, resultan las segundas incontrovertiblemente exiguas. *El texto de la novela*, por ejemplo, no sólo es bien escaso contrapeso-fundamento de los centenares de páginas teóricas en otros libros de su autora, sino incluso el volumen de lo estrictamente analítico en esta obra misma frente a lo explícitamente metodológico que se incluye en ella, está en desigualdad desventajosa. El caso de *S/Z* de Barthes es aún más llamativo, y creo que no tanto esta vez por la cantidad, sino por lo escasamente iluminador del análisis, en especial después de lo que cabría esperar tras la lectura de sus brillantísimas páginas teóricas, y aun de las agudísimas páginas iniciales del propio libro. Respecto de la más conocida aplicación metodológica de Todorov, *Gramática del Decamerón*, pese a sus positivos valores, en su conjunto no desmiente, ni mucho menos, nuestra consideración general. Por lo que sabemos, diríamos que sólo el grupo de Greimas y sus discípulos se ha esforzado con verdadera continuidad en contrapesar la especulación teórico-abstracta con los imprescindibles muestreos analíticos, única forma posible de conseguir, a la vez, el refrendo a las hipótesis metodológicas y un inventario de cuestiones verdaderamente realista y objetivo que pueda potenciar el desarrollo futuro de las tareas teóricas.
8. Proclaman esta necesidad de extensiones analíticas y realizaciones concretas los más caracterizados cultivadores de la Textlinguistik. Respecto de la extensión de los análisis a dominios conexos: jurídico, teológico, lengua coloquial, etc. . . , remitimos a la nota cuatro, sobre Lingüística del Texto. En el campo concreto de los análisis literarios, lo ya realizado resulta muy escasamente representativo y hay que reconocer que incluso decepcionante. Recordaré aquí como posibles muestras al respecto trabajos de las dos primeras autoridades de esta tendencia que, si bien llevan impreso el indiscutible talento de sus autores, no dejan de perfilarse como insatisfactoriamente novedosos y discutiblemente enriquecedores, por ejemplo de Janos S. Petöfi, "On the structural linguistic analysis of poetic works of art", cit.; de T. A. van Dijk el análisis del texto de Rouland incluido en su artículo "Aspects d'une théorie générative du texte poétique", en Greimas y otros, *Essais de sémiotique poétique*,

- 9 Recuérdese al respecto que las acusaciones contra la “jerga” crítica de Barthes del “académico” Raimond Picard descubrieron quizás el portillo de mayor violencia en la ciudadela de la crítica antigua. Para un análisis objetivo e inmediato del desarrollo de esta polémica puede consultarse la conocida obra de Serge Douvrowsky *Pourquoi la “nouvelle critique”*, París, Mercure de France, 1966.
- 10 El principal riesgo de esta nueva afloración del inmanentismo analítico “avant la lettre”, proclamado ya —de otra forma desde luego— por los formalistas rusos y los cultivadores de la Stilforschung y el New-criticism, es el empobrecimiento aislacionista de los análisis. Más que “centrados” en su obra, uno llega al convencimiento de que muchos de estos nuevos y bienintencionados analistas están verdaderamente “cercados” por el vacío de su ignorancia periférica de la obra. Y lo peor es que estas “gramáticas” del asedio, por prescripción fatal de su misma naturaleza, empiezan a ser enojosamente repetitivas. No corran más ese estadio los que anhelan novedades para su trabajo, antes bien ensánchense sus palestras. Un factor en principio no ilícito ha venido, además, a hacer más angustiosamente monótona la sucesión de los mismos en el dominio de la narrativa, decididamente preterido por la estilística anterior, que prefirió los análisis líricos y de fragmentos de “prosa artística”. Pero creo que la situación corre el riesgo de invertirse. (Muy elogiable es por esta lección de oportunidad el discurso de ingreso en la Real Academia Española de mi admirado y querido amigo el profesor Alvar; su análisis interno de los poemas de la creación poética de Guillén constituye el adecuado recuerdo de lo que corre el riesgo de perderse, sin desdeñar el manejo de las más selectas categorías metodológicas actuales, que en nuestros días se resisten a compartir protagonismos con las fórmulas acertadas y compatibles del pasado. Cf. Manuel Alvar, *Cántico, Teoría literaria y realidad poética*, Madrid, 1975).

El balance de las metodologías analítico-narrativas en Europa es francamente favorable, con algunas muy notables y crecientes excepciones. (Recordaré aquí como destacada iniciativa excepcional, para mí muy estimulante, aunque no suscriba por completo sus puntos de partida metodológicos, ni las grandes líneas de sus estrategias analíticas, el análisis de composiciones líricas que viene realizando Jacques Geninasca, manifiesto especialmente en la “mayor” de las obras que yo conozco, *Les “Chimères” de Nerval. Discours critique et discours poétique*, París, Larousse, 1973. Se ha llegado al punto en que las propuestas teóricas de los gramáticos narrativos, tras las huellas de Propp, Bremond, Greimas y Todorov, son tantas y tan variadas que sólo el gran talento de Lubomír Doležel puede conseguir llegar a resultados de integración sintética verdaderamente satisfactorios (“From motifs to motifs”, en *Poetics*, 4, 1972, pp. 55-90. Como destacada aportación al análisis de la narrativa en los últimos tiempos, y de contenido menos especializado lingüístico-teórico, recordaré aquí Charles Grivel, *Production de l'intérêt romanesque*, La Haya-París, Mouton, 1973). En España podemos contar con dos muy considerables puntos de partida merced al esfuerzo de un inteligente crítico-novelistas, Antonio Prieto, en su *Morfología de la Novela*, Barcelona, Planeta, 1975, y de un profesor, excelente conocedor de la crítica anglosajona y la lingüística norteamericana, que dejan muy positivas huellas en su obra teórico-narrativa: Cándido Pérez Gállego, *Morfonovelística*, Madrid, Fundamentos, 1973. Ambos constituyen, por lo demás, una prudente llamada a la seriedad crítica y a la sensatez objetiva analítica, que no convendrá olvidar a la hora de la “avalancha de tesis” teórico-narrativas que desde todas nuestras universidades se nos anuncian o a la de disecciones como la que quiso practicar con Baroja a su ingreso en la Real Academia Española E. Alarcos, *Anatomía de “La lucha por la vida”*, Madrid, impr. Grossi, 1973. (Entre los trabajos españoles que me han sido dados a conocer en este ámbito últimamente destacaré la tesis boloñesa de Agustín Vera Luján *Análisis lingüístico-poético de “Muertes de perro” de Francisco Ayala*, Barcelona, Planeta, 1977; de aconsejable cotejo son también José Romera Navarro, *Gramática textual (Aproximación semiológica a “Tiempo de Silencio”)*, Valencia, Universidad, 1976, y María Hernández Esteban, “Seducción para obtener/adulterio por evitar”, en *Prohemio*, 6, 1, 1975, pp. 45-66. Por su condición en cierta medida precursora de esta tendencia, merecería ser recordada la nota de Vidal Lamiquiz, “Análisis estructural del relato, intento de un estudio semiológico”, en *Thesaurus*, 24, 1969).

- 11 En este propósito metodológico —integración de la teoría lingüístico-textual en el examen histórico y sistemático de la lírica románica desde Dante, Petrarca a Góngora y Marino— se centrará mi programa de investigación lingüístico y literario de los próximos años. Para ofrecer al lector español testimonios próximos, ya hechos, de tales análisis internos con poderosos sustentos de entorno cultural también intraliterario, querría aquí mencionar un estudio, breve pero modelico, de Fernando Lázaro Carreter, “La poética del arte mayor castellano”, en *Homenaje a R. Lupesa*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 343-378, y el desarrollo interno de esta común convicción metodológico-crítica, proyectado a finalidades bien distintas de las mías, que fundamenta la magistral lectura petrarquesca de Francisco Rico, *Vida u obra de Petrarca*, Chapel Hill, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1974.
- 12 Para un análisis siempre “sensato” y para una discusión rigurosamente llevada a término, se compartan o no sus puntos de vista e intereses, podemos mencionar la obra de José Antonio Martínez García, *Propiedades del lenguaje poético*, Oviedo, Universidad, 1975: la más sólida y extensa monografía que conozco sobre la discusión lingüístico-poética de los “fundamentos” básicos de la lengua literaria-poética.
- 13 El concepto afortunado de “apertura” sugerido a Umberto Eco (*Obra abierta*, Barcelona, Seix-Barral, 1965) por un sector pragmática y conscientemente “abierto” del arte actual —especialmente musical y plástico— ha de ser manejado con suma prudencia al generalizarlo al análisis total de la Literatura, incluso de Joyce, para no convertir una *característica limitada de toda obra literaria en una universal constante falaz* con la que se acabaría por desvirtuar la esencia objetiva tradicional de lo literario y por desembocar, además, en la más absoluta descalificación del acto crítico, por su impotencia analítica.
- 14 Asignación genérica de Barthes a la literatura “clásica”, cf. Roland Barthes, *El grado cero de la escritura*, Buenos Aires, ed. J. Alvarez, 1967.
- 15 Idea favorita de los últimos desarrollos bartheanos y de alguno de sus discípulos más aventajados como Kristeva es la de potenciar al límite de sus posibilidades el fecundo, atractivo, y en definitiva liberador dogma de la lectura plural. Vaya de antemano mi personal opinión de que esta posibilidad pluralista descansa siempre en la parcelación del objeto literario que impone cada experiencia individual de lectura crítica. Es decir, será en todo caso en las críticas —siempre múltiples— y no en la obra —siempre esencialmente idéntica— donde radica la mayor responsabilidad de esta condición plural posibilitadora del acto crítico renovado. Negar a cada obra esa última y primera entidad precisa, esa esencia inalterable al examen crítico, es casi tan desproporcionado como no aceptar en ella de principio a fin —mejor de corteza a médula— posibilidad de varios juegos isotópicos concomitantes, a través de los cuales, no obstante, se sigue proclamando esa “verdad única” de cada obra con que soñaba la crítica tradicional de “equivalentes críticos” y cómodos “valores inquebrantables y sólidos”. Por cierto que se diría que en Barthes esta salida del irreductible pluriisotopismo de la obra se ha ido consolidando como una secuela de su abandono o sus frustraciones analíticas. Inicialmente su definición de la lectura plural no pretendía el plurifuncionalismo libérrimo de *S/Z*. Recordemos al respecto el tono evidentemente medido de sus afirmaciones programáticas en la importante e influyente “Introduction à l’analyse structurale des récits”, con que se abría el famoso número 8 de *Communications* (por ejemplo en p. 2), en claro contraste con su ulterior concepción del texto como “une galaxie de signifiants, non une structure des signifiés” (*S/Z*, cit. p. 12).

La garantía de una “certeza crítica”, que nos permite apreciar en los análisis toda una variable gradatoria de acierto o de desequivalencias, radica en esta última razón de ser central de la obra, en el valor invariable que es la suma de isotopías. Mejor ejercitado en la piedra de toque del análisis de textos, quizás poco glorioso pero única segura fuente de definitivos aciertos teóricos, Greimas ha defendido decididamente la fundamental unicidad de la “significación” de cada texto, asumiendo, naturalmente la rica y variable gama de sus cambiantes poéticos

accidentales: "Il devrait être entendu que la pluri-isotopie du texte n'a rien à faire avec l'infinité de lectures possibles, propos à la mode —denuncia irónicamente el gran lingüista— tendant à nier la possibilité de toute analyse scientifique d'oeuvres littéraires: les lectures possibles peuvent en effect être en nombre *infini*, mais ces variations relèvent uniquement de la performance des lecteurs sans pour autant détruire ou déstructurer le texte. Deux questions pertinentes se posent, au contraire, à ce sujet: celle du passage d'une isotopie à l'autre, celle des relations de profondeur entre diverses lectures possibles" (Cf. A. J. Greimas, "Pour une Théorie du récit poétique. Introduction", en *Essais de sémiotique poétique*, cit. pp. 6-24; el texto cit. en p. 18).

Es ese mismo grado unitario de certeza compleja el que proclama François Rastier, inteligente sistematizador del gran acierto inicial de Greimas, al considerar "describable" el texto, no en virtud de la práctica de modos inveterados de reduccionismo a un equivalente ideal o "metatexto", que censura ("une théorie descriptive qui choisirait a priori de se limiter à une seule isotopie se confondrait avec une simple technique interprétative; elle lirait un effet de sens du texte, sans se rendre compte des conditions structurales de la production de ce sens"), sino como consecuencia de su conciencia de analizarlo lingüístico, que sabe bien de la existencia de límites precisos a la interpretación marcados por la coherencia lingüística, a la que queda confiado el mensaje textual del autor: "une description scientifique doit pouvoir rendre compte de toutes les lectures cohérentes possibles. Sans pour autant enoncer explicitement chaque lecture, elle définit les conditions de chacune" (Cfr. F. Rastier, "Systématique des isotopies", en *Essais de sémiotique poétique*, cit. pp. 80-105; los textos citados en pp. 96-97).

Diríase en definitiva que lo que enfrenta a los partidarios de ambas tendencias contrapuestas es el distinto valor y uso que hacen del texto y la metateoría textual. Casi podría decir que para Kristeva el texto existe más como problema semiológico abstracto, como categoría en suma ideal, antes que como texto mismo en su realidad varía y circunstanciada. En Kristeva el texto *existe para* la teoría, en Greimas la teoría *se hace para* el texto; en Kristeva el texto será el incómodo tablero en el que no se acaban de avenir bien las fichas de su complejo ajedrez imaginativo (Recuerdo a este respecto el libre y cómodo fluir del diálogo de Kristeva con P. Baudon, *A quoi sert la notion de structure*, París, Gallimard, 1968, en uno de sus, a mi juicio, más inspirados estudios, "Narration et transformation", en *Sémiotica*, 1, 1969, pp. 422-448, donde los objetos semiológicos concretos componen un lejano fondo de perfiles cómodamente imprecisos). Mi identificación en este caso con Greimas-Rastier, como con Petöfi-Van Dijk, nace quizás en último término de un modo común humilde de experiencia textual de escuela, el hábito de la minucia y de la próxima observación filológica.

- 16 El tema de la finalidad de la literatura ha constituido tradicionalmente la más frecuentada cuestión de debate para la teoría literaria tradicional, cuya historia, desde Aristóteles a nuestros días, bien pudiera trazarse según las oscilaciones de opinión respecto de este tópico. La abundantísima bibliografía al respecto ha sido recogida por mí, de modo selectivo, en las diferentes incidencias del tópico en *Introducción a la Poética clasicista: Cascales*, Barcelona, Planeta, 1975, compendio del más extenso tratamiento del problema en el primer volumen de mi obra *Poética (ss. XVI y XVII)*, Barcelona, Planeta, 1976-77.
- 17 Aun siendo la dirección formalista de los estudios crítico-literarios la más extensamente representada en nuestros estudios universitarios durante los últimos años, no cabe olvidar aquí —ya que en las notas de este trabajo he procurado dar cuenta, orientando valorativamente, de las iniciativas críticas españolas más estimables, al menos dentro de la crítica "universitaria"— importantes aportaciones nacionales de otros signos y propósitos que han enriquecido los estudios teóricos literarios en los últimos tiempos. Entre los que proceden del campo más general de la teoría de las artes, destaca la actividad de X. Rubert de Ventós, *Teoría de la sensibilidad*, Barcelona, Península, 1969 y *La estética y sus herejías*, Barcelona, Anagrama, 1974. En el dominio estricto de la teoría estética crítico-literaria es digna de mención la aparición del libro de Luis Núñez Ladeveze, *Crítica del discurso literario*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1974. Finalmente es justo destacar la enriquecedora problemática teórico-literaria derivable de lo que parece el primer volumen de una obra de estudio literario, inusitadamente ambiciosa y sólidamente

fundamentada en numerosas lecturas, de Juan Carlos Rodríguez, *Teoría e historia de la producción ideológica*, Madrid, Akal, 1974.